

minarlo, contando con atacar en un momento dado á los que hubieren cruzado á la orilla opuesta.

Pero no tuvo necesidad de tomarse aquel trabajo; apenas hubieron pasado al otro lado trescientos hombres, el puente se hundió; todos los que se hallaban sobre él cayeron al agua y se ahogaron; los que habian llegado á la otra orilla fueron muertos por los soldados de César desde el primero hasta el último:

Pompeyo miró aquel doble acontecimiento como un mal presagio y se retiró.

Llegados Antonio y sus veinte mil hombres, César se decidió á tomar la ofensiva.

Pompeyo se habia retirado á Asparague, cerca de Dirraquium.

César siguió á Pompeyo, tomó al paso la ciudad de los partenianos, donde su contrario tenia guarnicion, y el tercer dia, hallándose en frente de su rival, le presentó batalla.....

Hénos aquí llegados á la última lucha, á la lucha suprema. Permítasenos, pues, detenernos un momento ante los acontecimientos sobre los cuales tuvo el mundo entero fijás sus miradas, jadeante de angustia.

La cuestion, reducida á sus términos mas sencillos, era la siguiente:

¿Triunfaría la aristocracia con el discípulo de Sila, ó el pueblo con el sobrino de Mario?—¿Se vería la Italia cubierta de proscripciones con Pompeyo, ó sufriría el mundo la clemencia de César?

No somos forjadores de teorías ni buscadores de alusiones; somos registradores de hechos.

Se comprende, pues, la atención general.

Los ojos del mundo entero estaban fijos en aquel pequeño punto del Epiro. La Galia, la España, el Africa, el Egipto, la Siria, el Asia, la Grecia, el mundo todo, en fin, como hemos dicho, miraba hacia allí, anhelante. El Oriente y el Occidente se preguntaban: ¿"Qué va á ser de nosotros?"

El Occidente, es decir, la fuerza del porvenir, estaba por César; el Oriente, esto es, la majestad del pasado, estaba por Pompeyo. El Norte no existía aún, y el Mediodía no existía ya.

El tercer día, según acabamos de decir, hallándose César en frente de Pompeyo, le ofreció la batalla.

Entibiado Pompeyo con los dos presagios que hemos referido, permaneció en su campamento.

César esperó una parte del día, y viendo que su enemigo no aceptaba el combate, hizo entrar sus tropas en el suyo.

Acababa de adoptar un nuevo plan.

Por senderos angostos y difíciles como los que había seguido en España, tomó el camino de Dirra-

quium; su intento era aislar á Pompeyo de aquella plaza, esto es, cortarle los víveres y las municiones.

Viéndole Pompeyo dar un gran rodeo, creyó, como lo había creído Afranio y Petreyo en las orillas del Segre, que la falta de víveres obligaba á César á la retirada. Envió corredores que lo siguieran, y esperó.

Los corredores volvieron por la noche, anunciando que César no se retiraba, sino que, dando un inmenso rodeo, iba á colocarse entre Pompeyo y Dirraquium.

Pompeyo mandó levantar el campo en seguida, y por el camino mas corto se replegó sobre la ciudad.

César, que había sospechado aquella maniobra, caminaba á pié al frente de sus soldados, animándolos, franqueando el primero todos los obstáculos, no concediendo sino cortas paradas, apresurando la marcha y esplicando la importancia de un movimiento rápido.

Al día siguiente, al amanecer, vió al mismo tiempo los muros de Dirraquium y los soldados de Pompeyo; pero les llevaba una hora de ventaja.—Era lo propio que había sucedido en España á Afranio y á Petreyo.

Viendo Pompeyo que su enemigo se le había adelantado, plantó su campo sobre una roca que dominaba el mar, y la cual abrigaba una especie de puerto, adonde hizo ir sus buques; con ellos conseguía

viveres de Asia y de los demas puntos de Oriente que le estaban sometidos.

César, por el contrario, se hallaba aislado y reducido á los recursos locales. No podia hacer venir viveres del Oriente, que no le pertenecia, ni de Occidente, del cual estaba separado por los quinientos buques de Pompeyo. Envió mensajeros para comprarlos en el Epiro, los impuso como contribucion á las ciudades inmediatas, é hizo llevar el trigo que se hallaba en Lissus, en la ciudad de los partenianos y en todos los pueblecillos y caseríos próximos.

Pero estaba en un país montañoso poco á propósito para la agricultura, y los cereales escaseaban en todos lados. Además, Pompeyo en observacion, como un águila, desde lo alto de su roca, y mas fuerte que César en caballería, veia llegar desde lejos los convoyes, lanzaba sobre ellos sus ginetes y los cogia.

César resolvió sitiar á la vez á Dirraquium y á Pompeyo, la ciudad y el ejército.

Era un plan gigantesco que hubiese sido un sueño para cualquier otro hombre que no fuese César, para cualesquiera otros soldados que los suyos no fueran.

Si lograba su objeto, ¿qué iba á pensar el mundo de aquella noticia que se esparciria por todo él?

Pompeyo rehusa el combate y César sitia á Pompeyo.

En ocho dias construyó doce fuertes en los estribos de las montañas cuya cima ocupaba su enemigo. Despues ligó aquellos fuertes con fosos y líneas de comunicacion, formando una de aquellas inmensas circunvalaciones que habia trazado en las Galias.

Como Pompeyo no queria abandonar la costa ni alejarse de Dirraquium, y como tampoco podia impedir los trabajos de César sino presentándole batalla, á lo cual no estaba dispuesto, no le quedaba mas recurso que ocupar la mayor estension de terreno posible, á fin de debilitar, separándolas, las tropas de César: aquello le era tanto mas fácil cuanto que tenia doble número de hombres que su adversario.

Pompeyo, pues, hizo levantar por su parte veinticuatro fuertes que abrazaban cerca de cuatro leguas de circuíto.

En aquellas cuatro leguas hacia pastar sus caballos como en un parque, al paso que, por medio de su escuadra recibia vino, trigo y viandas en abundancia.

César trazó una línea de seis leguas, y edificó treinta y seis fuertes!

Pompeyo, como se comprenderá, no le dejaba efectuar tranquilamente aquellos trabajos.

En cuanto César queria ocupar alguna nueva altura, Pompeyo enviaba contra él sus honderos y sus arqueros; pero los soldados de César, en su ma-

por parte galos, españoles ó germanos, eran ingeniosos como los franceses modernos; los trabajadores se habian hecho cascos de fieltro, cuero y tela acolchada que amortiguaban los golpes.

Era un espectáculo extraño el que ofrecía aquel ejército falto de todo, y fuerte únicamente de cuarenta mil hombres, sitiando á otro de más de ochenta mil y que nadaba en la abundancia.

Estómagos del Norte y del Poniente, que, sin embargo, necesitaban alimento, pero que, sostenidos por César, no se quejaban y comían avena, legumbres y hasta yerba. Llegó á suceder en una ocasión que faltaron también la avena y las legumbres; pero los soldados que habian estado con Valerio en Cerdeña, descubrieron una raíz que, humedecida en leche hacía una especie de pan, y aunque no tuviesen bastante cantidad de él, lo arrojaban por encima de los atrincheramientos de los pompeyanos, á fin de que viesén la clase de alimentos con que sabían vivir sus enemigos.

Después gritaban de un fuerte á otro:

—Ah! al fin te tenemos cogido, Pompeyo! Ahora comeremos cortezas de árbol antes que dejarte escapar!

Pompeyo hacía ocultar el pan que arrojaban los soldados de César, á fin de que toda aquella presumida juventud de Roma que lo habia seguido, no vie-

se los bárbaros con quienes tenía que habérselas y las bestias feroces con las cuales tendrían que combatir un día.

Caton y Ciceron estaban en Dirraquium y veían todo aquello desde la ciudad.

Ciceron, con su genio maldiciente, no dejaba transcurrir un día sin dirigir á Pompeyo algunos de aquellos sangrientos epigramas que tan bien sabia decir. Plutarco trae una larga lista de ellos, poco comprensibles hoy.

Por su parte Caton, que tras su cinismo ocultaba un corazón de hombre, y que tenía el alma demasiado apacible para la guerra civil, no se sentía con humor, como Ciceron, para burlarse de semejantes desgracias, y habia hecho decretar que ninguna ciudad sería saqueada, aunque fuese tomada por asalto, y que ningún soldado romano sería condenado á muerte después del combate.

Confiado en aquello, esperaba los acontecimientos.

¡Pobre Caton! ¡Por qué no tenía tanto talento como el gran orador? Así hubiera tenido menos corazón.

III

Veamos ahora un poco lo que pasa en Roma.

César no ha satisfecho á todo el mundo, impidiendo á los deudores hacer completa bancarota. Además, el ejército,—habíamos olvidado referirlo,—habiendo hecho César un día un ademan, alzando la mano en que llevaba el anillo, y abriendo los cinco dedos, creyó que prometia á cada individuo cinco mil sestercios y el grado de caballero. Como se comprenderá, habiendo recibido únicamente dos mil sestercios, ó sean cien pesos por cabeza, tenia sus dias de mal humor, y ya hemos visto revelarse una legion en Placencia y otra en la vía Appia:

Pero, una vez en frente del enemigo, el ejército no se quejaba; comia su pan de yerba, se preparaba á comerlo de corteza de árbol y se hacia matar.

Los que se quejaban eran la secuela de Catilina y Clodio, los deudores insolventes que se habian refugiado en el campamento de César para librarse del Clichy de la época y buscar los *tabulae novae*.

¿Quereis tener una idea de lo que asustaba á Roma?—Nótese que citamos, á fin de que no se crea que hacemos alusiones. Ay! todas las revoluciones se parecen, verifíquense cincuenta años antes de Jesucristo ó mil ochocientos despues. Los mismos intereses hacen nacer los mismos hombres, y llámense Rullo ó Babœuf, es siempre la misma teoría.—¿Quereis tener una idea, repetimos, de lo que asustaba á Roma una vez que César llegase á vencer?

Pues leed el escritor de Amiterno; el hombre que sorprendido en conversacion criminal, como dicen los ingleses, con Fausta, mujer de Milon, se lanzó despedido en el partido democrático de Clodio; que fué uno de los principales agentes de los trastornos originados por la muerte de aquel gefe; que se vió escluido del Senado por el censor á causa de su inmoralidad; que fué el corresponsal y el agente de César en Roma; que corrió á buscarlo á su campamento tras Antonio, Curion y Casio; que nombrado mas tarde, despues de la muerte de Juba, procónsul de Numidia, saqueó la provincia, como debe hacerlo todo buen procónsul, y volvió cargado con tantas riquezas, que se hizo moralista é historiador en su hermo-

sa quinta del monte Quirinal rodeada de inmensos jardines: leed á Salustio, queremos decir.

Sus obras eran: 1º su gran *Historia* en cinco libros, comprendiendo todos los acontecimientos ocurridos en Roma desde la muerte de Sila hasta la conspiracion de Catilina: se ha perdido y solo conocemos algunos fragmentos; 2º su *Guerra de Catilina*; 3º su *Guerra de Yugurta*; 4º *Dos cartas políticas á César*: una escrita la víspera de su entrada en Roma, á su vuelta de *Africa*, y la otra despues de la batalla de Farsalia.

Leed lo que dice á César:

“Hombres manchados de disolucion y crímenes, que te creian pronto á entregarles la República, han acudido en tropel á tu campamento, amenazando á los ciudadanos inofensivos, no solo con el saqueo, sino tambien con la muerte, y á mas de esto con todo lo que se puede esperar de almas depravadas. Pero cuando han visto que no les dispensabas de pagar sus deudas, y que no les entregabas los ciudadanos pácíficos como si fueran enemigos, todos te han abandonado; solo unos cuantos se han creido mas seguros á tu lado que en Roma; tal es el miedo que tienen á sus acreedores. Pero es increíble el número de hombres, ¡y qué hombres! que han abandonado tu partido y pasádose al de Pompeyo, refugiándose en

su campamento como en un asilo en que son inviolables los deudores.”

Uno de los individuos de quienes habla Salustio era el pretor Coelio, cuyo nombre creemos haber pronunciado ya.

Contaba mucho con las *tabulae novae*.

Hombre de bastante talento,—los hombres de esa clase suelen tener muchas deudas,—era un disputador tan acérrimo, que se contaba de él que comiendo un día con un cliente en extremo obsequioso que en todo y por todo era de su opinion, lo apostrofó en los siguientes términos:

—Dime siquiera una vez que no, á fin de que seamos dos.

Coelio, pues, una vez embarcado César para Grecia, nota que su partido es el de los usureros.

En el mes de Abril de 705 escribe á Ciceron:

“En nombre de todo lo que os es caro, en nombre de vuestros hijos, os conjuro, querido Ciceron, que no vayais á comprometeros y perderos con alguna calaverada. Nada os he dicho á la aventura, ni nada os he aconsejado á la ligera; pongo por testigo de ello á los dioses y os lo juro por nuestra amistad.

“Si nos profesais algun afecto; si amais á vuestros hijos y á vuestra familia; si no quereis destruir vuestra última esperanza; si mi voz y la de vuestro ex-

celente yerno tienen sobre vos algun influjo; si no deseais llenar de turbacion nuestra existencia, por favor, no vayais á ponernos en la alternativa de aborrecer y repudiar un partido cuyo triunfo debe salvarnos, ó, si seguís el contrario, hacer votos contra vos mismo; reflexionad que ya habeis tardado demasiado en pronunciaros para no ser sospechoso. Desafiar, cuando es vencedor, al hombre á quien considerábais cuando su fortuna estaba vacilante; uniros en su fuga á aquellos á quienes no habeis sostenido en su lucha, seria obrar como un insensato. Cuidad de que queriendo ser demasiado del partido de los buenos no seais bastante del buen partido. Esperad al menos los acontecimientos de España; yo os aseguro que esa provincia será nuestra en cuanto César ponga en ella los piés; y perdido eso decid, ¿qué les quedará?"

Y Coelio va á España, y combate allí por César, y vuelve á Roma con él, y cuenta con las *tabulae novae* que aquel establecerá. Pero no sucede nada de eso; Coelio se lleva un chasco. En lugar de autorizar César la bancarota completa, solo autoriza una miserable quiebra de veinticinco por ciento.

No era con eso con lo que habia contado Coelio.

Así, pues, un año mas tarde, en Marzo de 706, escribe á Ciceron:

"Ah! querido Ciceron, ¿por qué no fuí con vos á

Formio en lugar de ir á España con César? ¿por qué no fuí á reunirme con Pompeyo al par vuestro?"

"Pluguiese al cielo que Curion hubiese sido de ese partido como Appio Claudio; mi afecto hácia ese amigo me empeñó en esta causa detestable. Sí, lo confieso, el afecto por un lado y el resentimiento por otro, concurrieron á hacerme perder la cabeza. No es que dude de nuestra causa, no; pero mejor es morir que tener que lidiar con esta gente. A no ser por el temor de vuestras represalias ya hace tiempo que no estaríamos aquí.

"En Roma, escepto *algunos usureros*, todo es pompeyano, así los individuos como las órdenes. He puesto en vuestros intereses hasta la canalla, que nos era tan adicta, y hasta á lo que se llama el pueblo. Esperad; os haré vencer á pesar de vosotros mismos; quiero ser un segundo Caton. ¿Dormís acaso que no veis cuán débiles somos? Ningun interes me escita en este instante, pero soy vengativo segun costumbre si se me trata indignamente.

"¿Qué haceis ahí? ¿Quereis presentar batalla? ¡Cuidado! ese es el lado fuerte de vuestros adversarios. No conozco vuestras tropas; pero las de César saben batirse y no temen el frio ni el hambre.

"Adios"

Como acabamos de decir, Coelio era un hombre de talento. Despues de haber previsto que César

tomaría la España, héle ahí previendo que batiría á Pompeyo;—lo cual no le impide hacerle la guerra; tan vengativo es.

De repente se sabe en el campamento de César que el amigo Coelio hace de las suyas en Roma.

Primero pone su asiento al lado del del otro pretor, Cayo Trebonio, que estaba encargado de administrar justicia á los ciudadanos; despues anuncia que oirá las quejas de los deudores, los cuales apelarán á él de las sentencias de los árbitros y de la disposicion de César.

Nadie se presenta á apelar.

Entonces Coelio propone un edicto, por el cual permite á los deudores pagar en seis plazos sin intereses alguno.

Pero el cónsul Servilio Isáurico, que César ha dejado tras sí en Roma, se opone á aquella medida.

¿Qué hace Coelio? Anula su primer edicto y proclama otros dos, esperando promover una sedicion.

Pero nada; el pueblo no se mueve.

Sin embargo, Coelio necesita un motin; esperad un momento, veréis lo que inventa: Mientras dure la guerra los inquilinos estarán exentos de pagar alquileres.

¡Ah! entonces sí, los inquilinos todos gritan: ¡viva! La gente se reúne en el Forum: hay *emocion*, como se decia en aquella época.

Durante aquella emocion Trebonio es arrojado de su tribunal, y al caer sobre los escalones se rompe la cabeza.

El cónsul interviene, hace su relato de lo ocurrido y Coelio es espulsado del Senado.

Quiere arengar al pueblo y sube á la tribuna; pero los lictores le hacen bajar de ella.

Entonces dice en alta voz que va á ver á César para darle sus quejas, al paso que secretamente manda un mensajero á Milon,—el tribuno que dejamos desterrado en Marsella comiendo salmonetes,—para que desembarque en Italia con los descontentos que pueda reunir.

Milon reúne un centenar de hombres y entra en Italia.

Coelio se le incorpora con algunos gladiadores que le quedan de sus juegos, y ambos se ponen á recorrer el país, diciéndose agentes de Pompeyo y provistos de cartas que les ha llevado Bíbulo.—Este habia muerto; pero ellos lo ignoraban.

Publican la abolicion de las deudas y sin embargo nadie se mueve.

Milon pone en libertad á algunos esclavos, va á sitiár con ellos una ciudad de la Calabria y el pretor Quinto Podio, que se habia encerrado en ella con una legion, le tira una piedra desde lo alto de la muralla y lo mata.

Coelio por su parte pone sitio á Thurium. Allí, mientras trata de seducir á unos ginetes españoles y galos ofreciéndoles dinero para que dejen el partido de César y sigan el de Pompeyo, uno de ellos, hallando su discurso poco elocuente ó quizá prolijo, le pasa su espada á través del cuello.

Tal fué el fin de Milon y Coelio y de su loca empresa.

IV.

César y sus cuarenta mil hombres tenían, pues, sitiados á Pompeyo y sus cien mil soldados.

Pompeyo resolvió efectuar una doble salida de su campamento y de Dirraquium.

El objeto era apoderarse de una altura fuera del alcance de las flechas de los soldados de César y acantonar allí una parte de sus tropas.

Atacó á los cesarianos por tres puntos mientras que los de Dirraquium hacian otro tanto.

Así, pues, eran seis los puntos atacados.

En todos ellos fué rechazado Pompeyo.

Perdió dos mil hombres y crecido número de voluntarios y capitanes, entre estos á Valerio Flaco, hijo de Lucio Valerio, que habia sido pretor en Asia.

César perdió únicamente veinte soldados, y tomó seis banderas.